

La chica del ganso en el pozo

Hace mucho tiempo, una anciana entró en el bosque a trompicones para recoger hierba y frutas. Llevaba la pesada bolsa a la espalda. Saludó amablemente a todos los que conoció en el camino: '¡Buenos días, amigo! Puede que te sorprenda lo que estoy cargando, ¡pero todos tienen su carga que llevar! La mayoría de la gente preferiría no encontrarse con ella. Una vieja bruja', la llamaron.

Un día, un joven apuesto caminaba por el bosque. Vio a la mujer llenando un gran cesto con hierba. Junto a él había dos cestas más grandes de manzanas y peras. "¿Cómo vas a llevar todo eso?" preguntó el joven curioso. "Los hijos de los ricos no tienen que hacer eso, pero con los campesinos dice el refrán, no mires hacia atrás, ¡solo verás lo torcida que está tu espalda!



"¿Me ayudarás?" preguntó la anciana. "Soy hijo de un conde rico", respondió el joven, "no tengo que hacerlo, pero te ayudaré". Una vez que la bolsa estuvo en su espalda, se sintió como si estuviera llena de rocas. "Qué pesado es esto", comenzó a quejarse. Eres joven y musculoso', dijo la mujer,' agregaré las manzanas y las peras. Cuando trató de quitarse la pesada carga de su espalda, la mujer gruñó: "¡Qué vergüenza que te quejes por algo que tienes que cargar, lo que hago todos los días de anciana!" Era como si la bolsa se hubiera pegado a su espalda. Se volvió aún más pesado cuando la mujer se sentó sobre su espalda. "Ahora deja de quejarte", gruñó, "serás recompensado generosamente por tu ayuda".

Cerca de la remota casa de la mujercita, los gansos caminaban por todas partes. Los cuidaba un anciano cuidador de gansos. "Entra, hija mía", le dijo al ganso.

Luego le dio al niño una caja con una esmeralda. "Debes tener suficiente dinero, pero este regalo te hará feliz".



El joven conde se fue a la gran ciudad. Allí fue invitado por la pareja real. Le dio la caja a la reina, quien inmediatamente se desmayó. Más tarde le habló de sus tres hijas. La más joven era encantadoramente hermosa, con cabello como rayos de sol. Cuando lloró, sus lágrimas se convirtieron en perlas. Un día, el rey quiso saber quién lo amaba más. La hija mayor dijo que lo amaba como el azúcar más dulce. La segunda hija lo amaba como su vestido más hermoso. La más joven no respondió porque no pudo encontrar una comparación. El rey insistió, ante lo cual ella dijo: "No me gusta la comida sin sal, por eso te amo como a la sal". El rey se enojó tanto que la envió al bosque. Poco después, se arrepintió enormemente de esto. Envío un grupo de búsqueda para buscar a su hija pero en vano. Eso fue hace tres años. En la caja había una perla, exactamente como una lágrima de su hija.

El joven prometió ir en busca de la princesa. Una noche, vio al viejo pastor junto a un manantial. La luz de la luna era nítida y clara. Podía ver todo claramente. Se quitó una especie de máscara de la cara y se transformó en una mujer joven asombrosamente hermosa. Su cabello se rompió como rayos de sol.



La anciana no pareció sorprendida cuando alguien llamó a la puerta. Fue el rey y la reina. “Has viajado mucho”, dijo amablemente. No habría sido necesario si no hubiera despedido a su hija hace tres años. Pensó que la pareja real ya había sido castigada lo suficiente y llamó a la hermosa princesa.

El rey preguntó qué podía darle a su hija. Pero ella no necesitaba nada. Durante tres años había llorado perlas de dolor. Ahora ella era lo suficientemente rica. La anciana le dio la casa y luego de repente desapareció en el aire. La casa se convirtió en un espléndido palacio.

Se desconoce si el joven conde y la princesa se casaron, pero es muy probable. Nadie sabe quién era la anciana. Se cree que pudo haberle dado lágrimas de perlas a la princesa recién nacida. Hoy en día esas cosas ya no suceden. Si así fuera, ahora no habría gente pobre. El narrador de esta historia se ha vuelto muy viejo y no lo recuerda todo bien. Todo sucedió hace mucho tiempo.